

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*El Carnaval*, por D. Francisco Flores Arenas. = *Caricaturas literarias entre Scila y Caribdis*, por D. L. del Barco. = *En el álbum de Teresa*, poesía por D. Teodoro Guerrero. = *Pedro*, traducción por D. Eugenio de Ochoa. = *Correspondencia*. = *Gergéfico*.

EL CARNAVAL.

El Carnaval es siempre el mismo en su esencia, y sin embargo no todos los años es igual en sus accidentes. La humanidad es mucho cuento. Nunca se está quieta. ¿Será esto efecto de esa ley de progreso intelectual y social que dicen que existe y que nos lleva gradualmente á la perfección? Podrá ser; pero es el caso que lo que precisamente falta que probar es que en efecto adelantamos.

¿Nos dirá algo de ello el Carnaval?

Es bastante posible, porque nada hay que caracterice á los pueblos como sus diversiones.

Las saturnales de Roma son, según la común opinión, el origen primitivo de nuestro moderno Carnaval. Y en efecto, si durante aquellas los señores no tenían poder alguno sobre sus esclavos, durante este los amos de casa no pueden meter en vereda á sus criados, y menos todavía á sus criadas. La cocinera se le va á V. de máscara y le deja sin cenar. El gallego se emborracha y le trae á V. coliflores por conejos y longanizas por espina-cas. Entonces los mismos esclavos cambiaban de vestidos con sus dueños. Ahora es peor: en cuanto mira V. por sí se encuentra con que le han hecho un capuchon de la colcha de la cama en que duerme. Como hoy, cerrábanse todas las escuelas: los planes de estudios, respetando esta veneranda costumbre, dan suelta á los escolares en memoria de Saturno; pero si-quiera en Roma, aunque se suspendía el ejer-

cicio de todo arte, se permitía el de la cocina, en lo cual aquí, según se acaba de ver, solemos diferenciarnos de los súbditos de los Cé-sares, gentes de buen diente, como es histórico.

Augusto ordenó que las saturnales se celebrasen durante tres días; pero Calígula le añadió uno mas, es decir, el domingo de Piñata.

Menester era en efecto que el tal domingo fuese cosa de la invención de un Calígula.

Queda pues visto el origen del Carnaval. Entonces al menos era una fiesta religiosa hecha en honor de una divinidad pagana, y en memoria de una época que no creemos haya existido nunca: en memoria de la igualdad que se suponía haber reinado entre los hombres allá en los tiempos fabulosos de Saturno. Ahora no tiene siquiera esa significación, como ninguna otra. Si acaso se celebra algún dios, es el dios Baco.

Los mas célebres entre todos los Carnavales fueron despues los de Italia, especialmente el de Venecia. En aquellos, según el testimonio de autores contemporáneos, hasta los religiosos tomaban parte muy activa, y las mismas monjas se vestían de hombres, con calzones ajustados y espadas al cinto. Puesto que hoy no lo hacen resulta que hemos atrasado en este punto.

Pero vengamos ya á nuestra época y á nuestro país.

No ha muchos años las primeras familias de la población organizaban comparsas, ingeniosas frecuentemente por el pensamiento, bellas por los trages, visuales por las ensayadas danzas, y estas comparsas eran, digámoslo así, el aliciente de las reuniones particulares y el núcleo de los bailes públicos. Trabajábase sin descanso durante un mes ó dos de preparativos, averiguábase lo concerniente á otras cuadrillas, y la rivalidad que se establecía entre todas aumentaba el esplendor y lucidez de cada una.

Anduvo el tiempo, y estas mascaradas co-

menzaron á bajar de categoría. A la luz de faroles y de hachas bailaban despues en la plaza de S. Antonio antes de ir á la Camorra ó al Circo. Eso era algo todavía; pero ese algo, ya *cursi* desde que empezó á generalizarse, se convirtió en *curson* desde que hizo al aire libre sus primeras cabriolas; porque conviene saber que entonces se bailaba todavía. Disolviéronse las comparsas y no se pensó mas en ellas, vistiéndose cada cual de máscara, si lo tenia á bien, solo y por su propia cuenta. Eso es mas divertido, sobre todo para seguir alguna intriguilla de tres al cuarto, ó para hacer creer que se sigue, lo cual para muchos da lo mismo.

Desde entonces el sexo masculino comenzó á desdeñar la careta como parte de un disfraz cualquiera, reservándola para usos misteriosos y para casos de seducción con circunstancias agravantes. Los bailes de trages hicieron que para muchas señoras esta misma careta fuese ya punto menos que inútil, y todo esto principió á minar el antiguo prestigio de la máscara, dejándola casi reducida á una expansion inocente para unas y á un elemento de intriga propia ó agena para otras.

La tendencia de la época es la individualidad. Esta tendencia se revela en los Carnavales que pasan, y hace que, como llevamos dicho, se distinga cada uno del del año que le precedió, si bien por lentas gradaciones, como es consiguiente. Antes cada cual contribuía, ó al menos procuraba contribuir, á la diversion comun; ahora los mas se ocupan solo del partido que para su utilidad propia ó para sus especiales fines pueden sacar de un dominó y de una careta.

En el presente año, y fuera del magnífico baile de los señores de Búrdon y de las bellísimas reuniones del Casino, de que hablamos en el número anterior, ha habido muchos bailes de máscaras, algunos hasta á real la entrada, único ejemplar acaso conocido desde la inmemorial época en que los brincos y los saltos recibieron el nombre de arte y se les dió para presidirlos una musa.

El Liceo ha sido el mas favorecido siempre respecto á concurrencia, y tras él el teatro del Balon. El Principal tuvo que cerrar sus puertas temprano el mártes, porque en efecto no es este su día. No así el domingo de Piñata, en el cual á duras penas podia atravesarse el espacioso salon. En la dicha noche tambien estuvieron bastante concurridos el teatro nuevo y la Pastelería Suiza.

En la mayor parte de estos bailes se han sustituido las piñatas con regalos. Decididamente progresamos hácia lo sólido, y por poco que se suponga valer un pañuelo de espumilla, por

ejemplo, siempre valdrá de seguro mas que dos ó tres yemas alcanzadas á trueque de coscorrones y de callos aplastados, como sucede en el baile del Principal.

Las noches de Carnaval, y mas aun la de Piñata, han sido noches de vino aguado. No es fácil calcular si fué mas lo que se bebió que lo que llovió; pero hubo mucho de lo uno y de lo otro.

De trancazos, magullamientos y chichones, poca cosa. Once ó doce, segun cuentan, han entrado no mas en los hospitales. ¿Qué es eso cuando un pueblo entero se divierte? Lo bueno siempre ha de costar algo.

El teatro Principal, cansado de sí propio, avergonzado de sí mismo, ha estado estas noches casi racional en sus bromas, y á no ser por cierta harina lanzada desde las altas regiones, y por tal cual trompetazo casi inofensivo, nadie hubiera sospechado que aquel era el mismo sitio donde hace dos años no se podia humanamente concurrir. Mucho lo celebramos en honra de la cultura de Cádiz, y especialmente en honra de aquel público.

Los aguaceros han hecho circular por las calles bastante menos gente que la de costumbre en semejantes dias. En cambio han ganado por esta circunstancia los algibes, los campos y los coches de alquiler.

Tambien el mal tiempo ha quitado parte de su diversion á las aficionadas á arrojar saquillos; lo cual no quiere decir que hubo pocos, sino que habia menos gente que los recibiera.

Habíase mandado que no fuesen de materia tal que pudiesen lastimar; pero en manos de las mugeres el afrecho y hasta el algodón se convierten en materias contundentes. Ha habido, por tanto, sombreros abollados, ojos como tomates, y narices como berengenas, salvo que, por la razon ya dicha del mal tiempo, no han sido los desastres tantos como hubieran podido temerse de la actitud amenazante con que se esgrimian los saquillos.

Tal ha sido el Carnaval, y tal ha sido el domingo de Piñata; domingo que allá en nuestros verdes años no se conocia ni de nombre en grandísima parte de España, inclusa la corte, y que hoy en todas es rabo obligado de aquellas fiestas, por mas que en realidad sea un domingo de cuaresma, tan domingo como el de Pasion. Quizá la generacion siguiente logre ensanchar hasta este los límites del reinado de la careta y del capuchon. Ese sí que será un progreso moral é intelectual digno del siglo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Caricaturas literarias entre Scila y Caribdis.

"Sobre gustos no hay disputas."

ADAGIO VULGAR.

"In medio consistit virtus."

MÁXIMA MORAL.

"En el quid está el busilis."

PRINCIPIO SIN FIN NI MEDIO.

ARTICULO PRIMERO.

DESPROPOSITO, A PROPOSITO.

Et tenebre factae sunt super terram. Buenas noches... Qué veo! será ilusión del sentido? Oh pismo! Las luces continúan brillando. He articulado doce letras, y.... nada! ni siquiera hay un alma caritativa que diga al *petit garçon* camarero: "apaga y vamos." Tanta benevolencia me confunde, tanta amabilidad me anonada.

Mais que faire? Hablaré ó callaré? Si tuviese la dicha de poseer, como otros, un silencio elocuente, de seguro no diría *esta boca es....* de este prójimo. Del paso saldría muy boyante con un largo párrafo de grandilocuente mutismo. A ser gobernador de cualquiera insula Barataria, me llamaria Sancho en la ocasion presente, y con esto dicho se está, que mi taciturnidad llegaria á eclipsar en los tiempos venideros el proverbial renombre de el de *el buen callar*. "Pésame haberme puesto en tal aprieto."

Pero ya no hay escape. Quien calla, no dice nada, yo debo decir algo, *ergo*: aquí de la sin hueso. Favor obliga. Antes todo que descortés y al que escucha debe hablársele. Pues bien, hablaré: sí, señores, hablaré. Hablar yo! yo que, por no ser nada, ni siquiera soy aprendiz de sabio. Imposible!

Imposible? no tal. ¿Acaso no tienen lengua los ignorantes? Además un filósofo, á quien no tengo el honor de tratar, ha dicho: *Intellectus apretatus discurrit que....* se las pela. Ea, aguzza el ingenio, ámate: habla, hombre, habla.

Hablar, hablar.... es mucho cuento! Cuento ¿he? Se salvó la patria. De uno me acuerdo ahora que viene como de molde. Y el cuento es magnífico! magnífico! Como que tiene aire de leyenda, con sus episodios románticos, filosóficos y bucólicos. ¡Qué de ideas melancólicas y perfumadas brisas! ¡Qué de suaves arrullos y candorosas ilusiones! ¡Qué de mediatundas ideas! Qué de.... vamos: es un cuento de amor y flores.

Amor y flores! Lo que es la sucesion de ideas! Sin pensarlo, he soltado el título de mi cuento. Pongámonos graves y formalotes á guisa de lord inglés: *That is the question*: "EL AMOR EN LAS FLORES."

Amor y flores; pero flores sin espinas. Esta niñada no es un artículo crítico-literario, aunque pudiera serlo, escrito por una pluma bien cortada.

A propósito de crítica y de plumas. ¿Usaria Aristarco en las suyas de las de acero? A juzgar por los rasguños que hizo en los escritos de sus contemporáneos, pudiera sospecharse que sí. Teniendo en cuenta la fecha, debe creerse que no. Esta apreciacion histórico-crítica es uno de los rasgos mas originales de mi *esprit*.

Mal haya el *esprit*! Per Baco! ¿pues no se me habia ido con él la cabeza á pájaros? Volvamos al cuento. Paciencia, señores, paciencia: otra vez seré mas metódico.

Metódico, y por qué? "*Pictoribus atque poetis.... eodem casu gaudent.*" Ciertamente: pero yo ni soy pintor, ni poeta. Y quién no es poeta? ¿Quién no es pintor, al menos de brocha gorda, en el siglo del Leviathan?

Leviathan! Cá! Si no le hubiéramos visto... grabado en La Ilustracion inglesa, se le creeria un *canard*, una *papa*, un mito, una fábula.

Una fábula! ¡*O muzos de loi*... Esta cita tiene el gran mérito de estar tomada del griego clásico para que no la comprendan los griegos modernos. Como que es de Esopo!

Esopo! ¿Dicen que era contrahecho y que gastaba de una barriga como para él solo? Por eso tuvo tanta sorna: bribonazo! Cuánto se burló de los filósofos y literatos de su tiempo!

Tiempo! *Thimes eist money*: el tiempo es moneda. Necio de mí! ¿Pues no le estoy consumiendo gratis en preámbulos? Está visto: jamás seré hombre adinerado: cúmplase la voluntad del Señor.

Señor, pues señor, (singular por plural, figura retórica). Pues señor, como íbamos diciendo.... una, dos, tres, cuatro, cinco cuartillas! Uno, cinco, diez, veinte contertulios bostezando. Cuán oportuno fué Alcázar cuando aquello de:

"Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo,
Las once dan, yo."

Pero no: no es cosa de que cometa yo un plagio con tan ilustre poeta. Vuelta al cuento.

"EL AMOR EN LAS FLORES."

El sol tendia apenas por el horizonte sus

esplendentes rayos, evaporando las aljofaradas perlas de rocío, lágrimas que llorara la aurora sobre el cáliz de las pudorosas violetas: la tórtola se arrullaba amorosa en la rama de los olmos: saludaba el pintado jilguero al astro del día con trinos armoniosos: de aromas cargada la brisa movía con manso ruido las espesas copas de los plátanos de la Florida, y el Arlanzon rauda y espumoso en el nevado invierno lamía voluptuosamente las enmohecidas piedras del antiguo dique, cual manso arroyuelo, serpenteando por entre los leves juncos y amarillentos lirios. Era una mañana de Abril.

En la ribera un jóven pálido, delgado, de pié, inmóvil, el índice sobre los labios, como la estatua del silencio, clavaba su mirada melancólica en las aguas del río. Era Licio; era Licio. Y, oh dolor!

Junto á esta olmeda y río que murmura,
Para decir verdad como hombre honrado,
Jamás le acaeció cosa ninguna.

L. DEL BARCO.

EN EL ÁLBUM DE TERESA.

Apoyado de codos en la mesa
y divagando el pensamiento mío,
me encontraba, Teresa,
cuando vino á borrar mi desvario
el álbum tuyo, del amor reclamo,
pidiéndome una flor para tu ramo.

¡Ay, Teresa! ¡en qué día,
en qué día fatal á pedir vienes
una flor á la pobre musa mía!
¡Qué! ¿bastantes no tienes
en ese tan feraz verjel de amores,
rico ya de lisonjas y de flores?

Quizá digas que soy estafalario
y me taches acaso de egoísmo
porque me pongo á hablarte de mí mismo;
perdona, pues: al ver el Calendario
la fecha me asustó, porque este día
los treinta me anunciaba que cumplía.

Tú, que eres niña y vives de ilusiones;
hermosa, y ves el porvenir abierto;
que el alma tienes rica de emociones
y el corazón para el amor despierto,
no sabes lo que son los desengaños,
no sabes lo que son *los treinta años*!

¿Y pides una flor al estro mío?
La que está como tú en su primavera
darme una flor debiera
para encantar mi caluroso estío.

¡Ay, Teresa! al peinarme esta mañana
quité de mis cabellos una cana:
nieve que cubre el pensamiento yerto,
y nos causa tristeza,
porque la nieve espanta á la belleza.
¡Una cana! fatal nuncio de invierno!
¡Ay! ¡la cara marchita
cuando aun ardiente el corazón palpita!

—Sigo hablando de mí?... ¿Para qué vienes
á un páramo erial á pedir flores
cuando de sobra en tu jardín las tienes?
¡Ah *nueve de noviembre*!... Mis dolores
no puedes, niña, comprender en suma;
arrojo, pues, la pluma,
y si al verte dichosa,
palma gentil que el céfiro engalana,
y fresca cual la rosa
que entreabre al calor de la mañana,
no puedo repetirte con Quintana:
"*Ay infeliz de la que nace hermosa!*"
al ver mi triste corazón, me queda
el gusto de esclamar con Espronceda:
"*Malditos treinta años!*"
funesta edad de amargos desengaños!

TEODORO GUERRERO.

PEDRO.

POR

D. EUGENIO DE OCHOA.

(CONTINUACION.)

Pero por grande que fuese la impaciencia de mi curiosidad, me dije á mí mismo:

—Aguardemos... Nada quiero saber como no sea por el mismo Pedro!

Quince días despues hallábame con mi patron á bordo de la lancha. Hacia una noche hermosísima: el cielo estaba todo tachonado de estrellas, la mar serena y transparente como un espejo. El grumete y el marinero dormían en el banco, ínterin la brisa permitiese echar las redes. Pedro, de quien ya me habia hecho amigo, vino á sentarse junto á mí sobre una vela y tomó la palabra en estos términos... ó á lo menos casi en estos términos, pues tal vez no lograré conservar á su narración la delicada flor de su tierna y patética sencillez.

VII.

Desea Vd. saber por qué no estoy alegre.... la causa es muy sencilla y acaso le hará á Vd. sonreírse, pero no importa.—La diré.

Amo á María!... acaso era escusado decirlo, pues bien lo sabe Vd... ¿Cómo ha nacido este amor en nuestras almas?... sin duda Dios le puso en ellas desde el momento en que nacimos, porque la verdad es que aun éramos muy niños cuando ya nos amábamos, y nuestro amor ha aumentado con la edad..... Siempre se nos veía juntos en el mismo surco, al pié del mismo árbol, en el mismo rayo de luz, en la misma ola!.... Primeras palabras, primeros juegos, primeras lágrimas, primeras sonrisas, todo nos fué comun. Cuando habíamos estado largo tiempo sin hablar, y uno de nosotros hablaba de pronto, el otro decía al momento: —"Estaba seguro." Tentado estoy de creer que tenemos un mismo entendimiento, una misma alma...: ancianos hay en el pueblo que lo han dicho muchas veces. En un mismo día hemos hecho nuestra primera comunión, al mismo tiempo, uno junto á otro: todas estas cosas unen, créame Vd. Cuando empecé á ir al mar, nunca salí sin que ella rogase por mi feliz regreso en la cruz de la playa; nunca volví sin que ella entrase en el agua hasta la cintura para abrazarme mas pronto: luego la cogía yo á cuestras, y la llevaba hasta el arenal, donde todo era risas y algazara. Oh! sí, muy felices hemos sido de niños! Dios mío, ¿por qué pasan tan pronto esos hermosos años?

Nuestra juventud tampoco fué mala sin embargo; en invierno, siempre juntos en las veladas; en primavera, siempre juntos en los fresales; juntos íbamos en verano á la siega, juntos en otoño á coger la avellana.—Pues y los días de fiesta! Cuántas veces hemos bailado en corro con los mozos y mozas del pueblo María y yo! Cuántas veces nos hemos vuelto solos por los campos á la luz de la luna! ¡Qué risueñas promesas para el porvenir, qué esperanzas del paraíso, qué hermosos sueños!...

Luego llegó la edad de tomar estado.... ni uno ni otro hubiéramos pensado en ello, se lo aseguro á Vd.: no nos corría prisa.... éramos tan felices! pero los demás pensaron en nosotros y el primero el señor cura.

—Corriente, dijimos María y yo.... pero ¿qué nos importa? ya no podemos querernos mas!

La cosa sin embargo ofrecía algunas dificultades. La madre de María era rica, yo no, y además era huérfano: mi hermano mayor Cesáreo me había criado.... ¡qué buen hermano! él fué quien con el señor cura fué sin rodeos á tratar con la madre de María la cuestion de casamiento.

—Firme propósito me tenia hecho de que mi hija se habia de casar con uno que tuviese

tanto como nosotros, pero ¿qué le hemos de hacer?... María y Pedro se quieren tanto!...

Razon tenia la buena anciana!...

VIII.

Al llegar á esta última frase, un sollozo ahogó la voz de Pedro y una lágrima asomó á sus ojos.

Pero era hombre firme mi marinero. Apenas habia yo tenido tiempo para ápretarle la mano, cuando ya habia recobrado su dominio sobre sí mismo, prosiguiendo en estos términos:

.....
—¡Considere Vd. si estaríamos contentos María y yo! y mi hermano Cesáreo.... y el señor cura.... y todo el pueblo.... porque éramos generalmente muy queridos. Ya se vé! es uno tan bueno cuando ama!

Fué aquello una fiesta.... Luego llegó el día de tomarnos los dichos.... Oh! qué día aquel! por desgracia fué el último feliz para nosotros.

Naturalmente aquellos días yo no fuí á la mar; tambien Cesáreo quiso quedarse, pero la Cesarina exigió que saliese.... Algunos la han acusado por esto, diciendo que el trabajo en días de fiesta trae desgracias.... pero es una injusticia. La Cesarina era madre.... tenia que mantener dos niños pequeños y era preciso ante todo traer pan á casa!

El día se pasó bien sin embargo: á la caída de la tarde, el cielo se cubrió de nubes; todo anunciaba borrasca.... pero nosotros no pensábamos en los que estaban en alta mar.... la felicidad nos hace egoistas. Bailando estábamos, cuando de repente brilló un relámpago... luego se oyó un trueno terrible.... luego una gran gritería....

—Una barca en la costa.... en peligro de perdicion.... la barca de Cesáreo!

Ya estaba yo en la playa.

Qué tempestad!.... Jamás.... no, jamás se habia visto otra igual!

Yo hice todo, absolutamente todo lo que un hombre puede hacer en tal caso.... Tres veces me arrojé á la mar embravecida; á la última estuve á pique de perecer.... me sacaron quebrantado, sin sentido, casi muerto.... Pero no.... no.... ah! no era yo quien debía morir...

Era Cesáreo.

Cuando volví en mí, lo ví á mi lado tendido entre las peñas, todo ensangrentado... Apenas le alcanzaron las fuerzas para decirme:

—Pedro, sé el hermano de mi mujer, sé el padre de mis hijos.

—Cesáreo, le respondí, te lo juro.

Y á lo menos murió tranquilo.

IX.

Bien conoce V. que este suceso suspendió los preparativos de la boda.

María y yo nos habíamos dicho al despedirnos:—Hasta luego.

Al volver á casa, abracé á los hijos de mi hermano.... á *mis hijos*.

Y dí la mano á Cesarina.

Tan ligado estaba con ella como si nos hubieran unido todos los contratos del mundo.

Así transcurrieron seis meses.

Ya los vecinos empezaban á hablar nuevamente de mis interrumpidas bodas con María.

Pero, no sé por qué.... sin duda por un secreto presentimiento.... no me atreví á desplegar sobre esto mis lábios.... ni con la Cesarina ni con la madre de María.

Ella fué quien me habló la primera.

—Pedro, me dijo, has adoptado á los hijos de tu hermano?

—Sí, tía Juana.

—¿Y á su mujer también?

—También.

—¿Enteramente?

—Enteramente.

—¿Tu intencion es pues no abandonarlos nunca?

—Nunca..... Se lo he jurado á mi hermano moribundo.

Siguió un breve silencio, lleno de angustia para mí.

—Escucha, Pedro, repuso la anciana. Estoy muy lejos de oponerme á que destines á la viuda y á los huérfanos una parte del producto de tu pesca.... tan grande como te lo aconseje tu buen corazon.... Ya ves que no es el interés lo que me mueve... Pero conozco muy bien á la Cesarina... y dejar que mi hija vaya á *su casa* ó ver á la Cesarina instalarse aquí... oh! lo que es eso jamás!

Estas últimas palabras abrian un abismo delante de mis piés.... Yo también conocía á la Cesarina... yo también comprendía que era imposible que aquellas dos mujeres vivieran juntas.

—Tía Juana.... murmuré sin embargo.

—No me opongo á vuestra boda, prosiguió con lenta solemnidad la vieja labradora; te digo la condicion que pongo para ella y nada mas. Ya sabes que no tengo mas que una palabra y una voluntad!

Y es cosa de todos sabida.... La tía Juana es una mujer de las que se ven pocas.

—Decide pues de tu suerte, añadió, y de la de mi hija!

Levanté la cabeza.... Allí estaba María mirándome de hito en hito.

Era preciso ó cometer un perjurio ó perderla para siempre.

Oh! no comprendo que se pueda sobrevivir á momentos como aquel.... Los oídos me zumbaban como una fuerte calentura.... llamas rojas y azules me pasaban por delante de los ojos.... me parecía que me estaba ahogando.... mi cabeza, mi corazon, mi alma, todo se me figuraba que iba á estallar á la vez.

—Pedro, repitió la tía Juana, respóndeme. ¿Quieres vivir *solo* con la Cesarina? ¿quieres vivir *sin ella* aquí? Elige.

Después de una lucha horrible conmigo mismo, respondí con firmeza:

—Tía Juana, cumpliré lo que he jurado.

X.

Sin embargo, en mi delirio, sentí la mano de María estrechar mi mano y oí su voz que murmuraba en mi oído:

—Bien, Pedro, bien.... eres un hombre honrado!

Durante un año entero me repetí estas palabras, que me han parecido la esperanza, sino la promesa de que María lograría con el tiempo ablandar á su madre.

Esto me decia, sí, pero evitaba encontrarme con María. En aquella época aun éramos jóvenes.... y yo padecía tanto!

Para darme valor, miraba á mis hijos, los abrazaba, redoblaba mi cariño hacia ellos...

Ay! eran ya á mi lado los únicos objetos de mi amor.

A veces sin embargo habia momentos... momentos en que me sentia impulsado por un ciego frenesí á rechazarlos, como la causa viva de todas mis penas, como el insuperable obstáculo á mi felicidad.

Pobres niños! pronto me volvía la razon; pronto me afirmaba en el cumplimiento de mi deber.

Bien sabe Dios que tengo en mi conciencia la seguridad de haberle cumplido bien, y mi hermano Cesáreo, que me mira desde el cielo, debe estar contento de mí.

¿No es verdad, caballero, no es verdad? Usted que ha visto.... Soy para la Cesarina un hermano como hay pocos... Soy para los huérfanos un verdadero padre!

Creo que los quiero doblemente porque son los hijos de Cesáreo, y porque son el recuerdo siempre acariciado de mi eterno dolor.

Pero volvamos á sus primeros días.... á los días que siguieron á aquel en que salí huyendo de la cabaña de la tía Juana... en la época

en que Maria y yo nos habiamos vuelto á hablar.

¿Cuántos meses pasaron así? Imposible me hubiera sido decirlo entónces... pues me sentia como alorado... como una especie de idiota.

Mi pobre corazon sin embargo empezaba á calmarse, á adormecerse con el tiempo...

Cuando llega á mis oidos un rumor... Maria se va á casar!

Oh! cómo conocí entonces que la amaba con toda mi alma!

Entonces la busqué; acaso ella por su parte me buscó tambien, pues es lo cierto que nos encontramos una noche cara á cara en el camino que va á Trouville.

Oh! ni aun tuve necesidad de hablar, pues me leyó en los ojos la pregunta que iba á hacerla, y me respondió:

—Es la verdad!

Luego añadió precipitadamente:

—Pedro, soy tú novia, siempre tu novia.... Y hasta que tú mismo me digas: cástate con Santiago! permaneceré soltera. Pero mi madre me suplica... mi madre es muy anciana... está muy enferma... Acaso es un deber en mí obedecerla...

No pude reprimir un grito de desesperacion.

—Pedro! exclamó Maria anegada en llanto.... Te amo... no puedes dudarle... te amaré mientras viva... Pero no puedo sin embargo por tí dejar morir á mi madre!

A aquel grito de su amor filial, no menos doloroso que el mio, hubiera debido caer á sus piés, consentir en lo que me imploraba y gritarla yo mismo: Resignacion y valor!...

Pero no... no... yo habia perdido la cabeza... y prorumpí en duras reconvenciones, odiosas amenazas y locos arrebatos.

—Mal haces, murmuró dulcemente Maria, mal haces... pero no puedo ofenderme porque hablas así por exceso de amor... Pronto recobrarás la razon... pronto... Confio en ello... y entonces me darás mejor respuesta.... La esperaré.

Y me dejó sollozando y quebrantado, en la orilla del camino.

XI.

En efecto, pasado algunos dias, reflexioné.

No pudiendo casarme con Maria ¿tenia yo por ventura el derecho de impedir su boda con otro y de condenar así, de un solo golpe, á la hija á la soledad y á la madre al sepulcro?

Por otra parte, yo veia que todos en derredor de mí conocian mi conducta y la juzgaban desfavorablemente. Nadie se acercaba á hablarme; nadie me alargaba la mano como an-

tes. Algunos sin embargo se decidieron á aconsejarme valor y resignacion; otros apelaban al sarcasmo, comparándome al perro del hortelano que ni come ni deja comer. A veces oia yo decir á las mujeres del pueblo con cierta intencion, cuando pasaba por junto á ellas:

—La tia Juana sigue mal esta noche... mucho peor que ayer.

Llegó por fin el turno del señor cura, que me exhortó paternalmente con la santa autoridad de la religion.

Aun no me atrevia, aun no queria, aun no podia ceder! Por último me dijo la Cesarina:

—No habrás cumplido completamente lo que prometiste á tu hermano, no serás verdaderamente el padre de mis hijos, hasta que tú mismo autorices á Maria á casarse con otro.

Aquellas palabras me decidieron... aquellas palabras sonrieron á mi dolor... Hay momentos así en la vida en que parece que uno se recrea en hacer sangrar su pobre corazon ya ensangrentado... en que, á fuerza de haber sufrido, acoge uno con loca alegría todo lo que puede hacerle sufrir mas.

En el acto resolví devolver á Maria su libertad.

Pero ¿cómo hacerla saber mi resolución?—Verla, hablarla, era un sacrificio superior á mis fuerzas...

—La escribiré! dije para mí.

XII.

Con esta intencion compré un cuadernillo de papel de cartas, me encerré con llave en mi cuarto y puse manos á la obra.

Aunque apenas sabia escribir eran tantas las ideas que bullian confusamente en mi cabeza, que mi mano cubrió en un momento de gruesos caracteres las cuatro carillas.

—Bien, bien, dije entre mí, no es tan difícil como yo creia.

Pero cuando leí lo que habia escrito, advertí estupefacto que no era aquello lo que yo hubiera querido, lo que yo hubiera debido escribir, ni por asomo.

Y volví á empezar.

Otras cuatro páginas escribí... pero que tampoco eran la expresion de mi pensamiento, de mi deber.

—Borremos lo que sobra, me dije, y veremos lo que queda.

En aquella segunda lectura, despues de releer cada frase, me paraba un momento y la tachaba.

Y en suma, tanto taché... tanto... que de las cuatro carillas no quedaron mas que estas tres palabras:

„Cásate con Santiago.”
Ay! y qué mas podia decirle?

XIII.

Transcribí pues este supremo adios en un tercer pliego de papel.

Cuánto tiempo empleé en doblarle, en cerrarle!.... Luego con mi carta en la mano eché á andar.

Ya estaba escrita, pero aun no estaba entregada.... Esto era lo mas terrible!

¿Por quién enviársela?

Cabalmente pasó en esto un grumete.

—Eh! grumetillo! toma esos dos cuartos y vé á llevar esa carta á la hija de la tía Juana.

Rápido como una centella, el muchacho cogió los dos cuartos con una mano y quiso con la otra coger la carta... Yo titubeé en dársela... se me resistia romper de una vez con todas mis esperanzas de felicidad... Al cabo se la llevó y yo me quedé mas muerto que vivo, viéndole encaminarse á casa de la tía Juana... Entró en ella.

Ya no habia remedio!...

Volví la cara á otro lado y eché ó correr fuera de mí con direccion al campo, murmurando con voz ahogada por los sollozos:

—Ya tiene mi carta... ahora la estará abriendo... ya la lee... ya llama á la tía Juana... y luego... y luego...

Y luego, hasta el amanecer, andando sin cesar para aturdirme, ciego, calenturiento, loco, me iba repitiendo á mí mismo aquellas tres palabras que por todas partes veia circular en las tinieblas:

„Cásate con Santiago! Cásate con Santiago!”

XIV.

Llegó en fin el dia de los desposorios.

Ya desde la víspera me habia yo echado al mar en mi barca, y toda la noche habia andado errando á la ventura.

Pero al caer la tarde, hubo en las olas una

especie de empeño cruel de arrojarme por fuerza á la costa de Villerville... y pronto divisé las luminarias dispuestas con ocasion de la boda...

Muchas veces he oido hablar de los horribles suplicios que se usaban antiguamente... del tormento, del potro, de la rueda... de los infelices á quienes arrancaban la lengua y las uñas, á quienes trituraban los huesos ó los desollaban ó los quemaban vivos, pero le juro á Vd. que todos aquellos mártires padecieron ménos de lo que padecí yo aquella noche....

En fin, no pude mas... eché el ancla y salté en tierra... y me fuí deslizandome con furtivos pasos por detrás de las tapias hasta el prado en que se estaban celebrando las bodas con baile y cánticos...

Pobre María!

La habian obligado á entrar en el corro y á bailar y cantar como las demás... En esto un marinero que acababa de encender la pipa, tiró junto á mí el papel con que la habia encendido y su llama iluminó mi rostro... María me vió, y lanzando un grito, cayó sobre la yerba sin sentido.

(Se concluirá.)

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don R. M. de V.: Baeza.—Se recibieron los 115 sellos.

Solucion del geroglífico anterior.

Ya entramos en la cuaresma, á la enmienda pecadores.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

